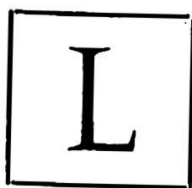


¿Una sátira de actualidad?

La vida en Roma (s. I p. C.) vista por Juvenal

Manuel Briceño Jáuregui



AS PÁGINAS CANDENTES que vamos a analizar parecerán exageradas a muchos, caricaturas a otros, tal vez de plena actualidad a los demás. De las amargas sátiras sociales de un pagano queremos entresacar algunos datos de la vida ordinaria, para que al exponer primero su punto de vista podamos "dialogar" con él después, y aun "cuestionemos" los hechos que presenta, quizás oscurecidos por el pesimismo. Pero conozcamos antes al poeta que los pinta, los alaba o los vitupera. Hable primero él; nosotros comentaremos luego, y que el lector opine como le parezca.

* * *

Nacido el año 60 después de Cristo, Décimo Junio Juvenal muere el 130. Es el poeta satírico más grande que ha existido. El sin embargo aspira a permanecer oculto, anónimo, marginado. Y lo consigue.

Ninguno de sus contemporáneos le menciona como poeta; sólo Marcial le recuerda como amigo¹. Más aún, parece que no tiene mayor éxito durante su vida, y apenas muerto pasa al olvido en los tres primeros siglos. Sólo en la cuarta centuria le citan de pasada un bardo cristiano², un crítico literario³ y el gran Prudencio⁴. Amiano Marcelino le nombra al comentar la degeneración de costumbres de la nobleza romana: "Muchos —escribe— han degenerado miserablemente. . . Otros hay en cambio, que debieran dedicarse a estudios serios; pero los detestan como si fueran veneno; en su lugar se entregan con gran interés y mucha atención a la lectura de Juvenal y de Mario Máximo (el historiador). Yo no sabría la razón, pero es lo que manejan juiciosos en sus soledades"⁵.

Bajo los emperadores de la primera centuria, la vida de los nobles se ha tornado insignificante, adulatoria, servil del despotismo de los césares. No queda más que el satírico violento que impugna sin miedo esta situación con la mordacidad de sus versos. Pero, como éstos, pasa inadvertido muchos años. Juvenal ha visto con sus propios ojos los métodos indignos de la gente de su época que anda a caza de puestos

1. 7, 24; 7, 91; 12, 18...

2. Lactantius, *Divinae Instit.* 13, 29. P. L. 6, 443 B.

3. Ausonius, *Cento 8 Fin.*, 2, 3, etc.

4. *Apoth.* 457; y *Passim*.

5. 28, 4, 6; 4, 14.

públicos, sabe cómo son distribuidos, y cómo muchos extranjeros llegan al poder: esto le amarga, le hace perder toda esperanza. Por eso dedica su tiempo a la literatura. Se compromete, sin embargo, en un riesgo peligroso⁶:

Es el reino del terror de Domiciano (81-96)⁷. La atmósfera es tenebrosamente oscura. El bardo, testigo ocular, odia al tirano que ordena a su capricho torturas en un momento, el destierro, la pena capital... Y se siente amedrentado también. Bastaría abrir el libro primero⁸... Con todo el vate critica una vez tal régimen en que un comediante, un bailarín, tienen más influjo en la corte que el hombre honrado:

*Quod non dant proceres, dabit histrio, tu Camerinos
et Baream, tu nobilium magna atria curas?
Praefectos Pelopea facit, Philomela tribunos*⁹.

Versos que implican toda una tragedia. Por ellos el déspota le sentencia al exilio en los rincones más remotos de Egipto; son confiscados sus bienes y él reducido a la miseria¹⁰. Versos que son un ataque velado a la corte corrompida, al ejército podrido. Como el emperador es un amargado y tiene la conciencia sucia, es receloso, solitario, temeroso, cruel... Pero una conspiración de palacio asesina a Domiciano en 96, y son llamados los que están en el exilio. Regresa, pues, el poeta para verificar que su fortuna se ha desvanecido en otras manos...

El sentido de la injusticia, el odio contra el extinto tirano le dan fuerzas para escribir de nuevo sátiras. Más tarde el emperador Adriano le favorece en lo económico, y torna a su primitiva independencia de espíritu con invectivas amargas y pesimismo atormentado. Es así como aparecen sus cinco libros con diez y seis Sátiras.

* * *

La lección que Juvenal ha sacado del imperio ha sido desesperante: nada más que servilismo y tiranía. Encuentra despreciable la vida de la sociedad contemporánea en Roma: No hay manifestación ninguna de ésta que no le repugne. Y es precisamente la sociedad la que corona el vértice de la pirámide imperial. La pluma del bardo está impregnada de desprecio y de odio.

*Si natura negat, facit indignatio versum*¹¹;

se indigna contra las costumbres y el libertinaje,

*quidquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas,
gaudia, discursus, nostri farrago libelli est*¹²;

6. Iuv., Sat. 4, 140.

7. Ibid. 4, 75-118.

8. 2, 29-33; 4, 37-38; 4, 69-71; 4, 72-103; 4, 150-154...

9. 7, 90-92.

10. Io. Malalas, *Chronographia* 10, 341. P. G. 97, 400.

11. 1, 79.

12. 1, 85-86.

desprecia el arma ligera del ridículo, prefiere la espada de la sátira, que blande con brutalidad de tribuno:

difficile est satiram non scribere ¹³.

Pues bien, de la sociedad que él pinta vamos a conocer primero que todo el ambiente. Es el siglo primero de nuestra era, según lo ve el satírico. Pero notemos que Juvenal es un pagano.

* * *

Cuando yo veo casarse un afeminado eunuco, dice el bardo, cuando miro la desvergüenza de ciertas damas que, con el seno desnudo como las Amazonas, bajan al circo a tomar parte en ejercicios gimnásticos, en luchas y en cacerías de jabalíes; cuando veo a mi barbero de otrora lleno hoy de orgullo y de riquezas desafiando a los patricios en el lujo; cuando miro un esclavo de la hez, un egipcio como Crispino —hoy favorito del tirano— vestirse muellemente de púrpura de Tiro, ceñidos los dedos con anillos de oro delicado. . . , ¡dioses!, cuando esto contemplo, qué difícil me parece no escribir sátiras:

difficile est satiram non scribere! . . .

¿Quién, aunque fuera un bronce, no arde en ira,
cuando a Matón el leguleyo mira
conducido en su espléndida litera
llena solo con él, o cuando pasa
en pos el delator y el vil testigo
contra el ilustre amigo,
a quien robó de su fortuna escasa
el resto? . . . ¹⁴.

Mas la cólera del bardo no para ahí. El sucesor queda desheredado, pues con los bienes se alza un cómplice adúltero, que halla el mejor medio de arrebatarse un testamento en el amor impuro de una vieja rica. El villano Proculeyo tiene una doceava parte, y Gilo, más canalla, logra las otras once; una herencia no se logra sino según la lujuria del interesado. . .

¿Cómo queréis que el hígado no inflame
ver que, obstruyendo al pueblo numeroso
con su séquito el paso, va orgulloso
este ladrón y corruptor infame

13. 1, 30.

14. 1, 30-35. Citamos la traducción en verso castellano de D. Francisco Díez Carmona, retocada por nosotros cuando nos ha parecido oportuno para dar mayor claridad o precisión. El delator a quien alude Juvenal en este pasaje es el tristemente célebre M. Atilio Régulo, del tiempo de Diocleciano. Tan terrible era aún para los demás delatores que causaba pavor. Así por ejemplo: Plin., *Epíst.* 2, etc.

del huérfano, o aquel que la condena
sufrió dictada por el juez severo?
(¡Poco le importa la infamante pena
si salvar ha logrado su dinero!)

Y toda clase de inmoralidades, falsía, molicie, liviandades, juegos de
azar, venenos, traiciones, muerte, delitos, cárceles. . .

Se alaba la honradez, ¡mas de hambre muere!
Y en tanto el crimen para sí arrebat
ebúrneas mesas, huertos, posesiones,
antiguos vasos, cincelada plata.
Mas ¿quién en justa cólera no estalla
si al suegro considera
vil corruptor de su avarienta nuera?

Claro está, a falta de ingenio, *facit indignatio versum / qualemcum-
que potest*. . . Porque, ¿cuándo ha existido tanta maldad en urbe al-
guna? ¿cuándo tanta afición por los juegos de azar en que se despil-
farran fortunas enteras, en que se arriesgan miles de sestercios y
después no hay con qué comprarle una mísera túnica a un esclavo
aterido de frío. . .? Y ¡qué fiebre de construcciones opulentas! ¡Qué
derroche, desconocido por nuestros abuelos! Y en los festines, ¡quién
de ellos sirvió hasta siete vajillas ostentosas como ahora, para pasto
de la gula y despilfarro de comida! . . . ¡Qué diferencia con otros tiem-
pos! Hoy de parte de los amos sólo existe un refinado egoísmo; el
cliente ha perdido la idea del decoro y de la dignidad personal; acu-
de famélico el infeliz a recibir la miserable ración que se le arroja a
la entrada del vestíbulo: allí encuentra rebatiñas, falsas identidades,
empujones, preferencias por la estirpe, sin respetar turnos o prece-
dencia, por negocio, rentas y sobornos. . . ¡Ah! en tiempos anteriores
el patrono era el protector, el amigo del cliente a quien consideraba
como un miembro de la familia: sus obsequios no humillaban. . .
mas hoy, el oro se ha vuelto una deidad venerada en Roma, ¡la ma-
jestad santísima del oro! . . .

Y mientras los "clientes" no consiguen nada, los patronos se hartan
de manjares exquisitos de tierra y mar, íngrimos en los triclinios, tra-
gando solos. . . Gula sórdida que hace servir un jabalí entero para
un hombre ¡cuando alcanzaría para mucha gente! ¡Qué voracidad
tan intemperante! Para irse luego a digerir esos animales con un baño
en las termas. . . ¡Y nos quejamos después de tantas muertes repen-
tinas en Roma. . .!

¿Qué infamias, qué maldades
inventarán mayores
que estas que vemos hoy, nuevas edades?
¡Igualarnos podrán, no ser peores!
Llegó el vicio a su colmo. . . ¹⁵

15. 1, 147-149.

Pero, ¿hay libertad para hablar? ¡Qué importa lo que digan! ¡Que me quemem como tea ardiente en un patíbulo!... ¿Habré por eso de aguantar que Tigelino, que eliminó con veneno a tres familiares suyos para quitarles la herencia, pase en una muelle litera insultándose insolente?

—Punto en boca. No chistar nada.

—¿Por qué?

—Los espías y delatores te rondan por doquiera. Te acusarán... Les remuerde la conciencia, les avergüenza..., por eso silencian a los poetas satíricos...

—Está bien. No hablaré entonces de los vivos. Me voy a limitar sólo a los muertos...

La conclusión de esta primera sátira revela que Juvenal escribe en tiempos de Domiciano. Bajo el terror del déspota domina el vicio y el crimen: y no hay libertad para hablar ni para oír, escribe Tácito ¹⁶.

Basta. Sigamos echando una mirada a la vida ordinaria de la gran metrópoli. Un hombre honrado no puede sobrevivir en esta ciudad decadente. Aquí ya no prospera sino el hipócrita, el mentiroso, el asesino, el ladrón. Que sigan, pues, viviendo acá Artorio y Cátulo, ese par de villanos enriquecidos a base de torpezas; los que tienen por blanco lo negro, por bueno lo perverso; los que no hacen más que ir tras el dinero, engullidos en sórdidos negocios; los que son capaces de secar un río, asear un puerto, limpiar las cloacas, cargar los cadáveres a la pira funeraria, y ofrecen esclavos en la almoneda... Estos, estos, los mismos que hace poco recorrían las aldeas como histriones para divertir al pueblo, acudían a anfiteatros a ver los juegos, ¡estos mismos hoy pagan sumas increíbles para dar al pueblo espectáculos de gladiadores y granjearse popularidad! Y no les importa pasar de allí a limpiar letrinas. Es que se humillan y se abajan por ganar dinero...

¿Y en qué cosa tú imaginas
que uno de estos bribones no prospere,
si son de los que eleva la fortuna
desde el polvo a la luna,
cuando mofarse de los hombres quiere? ¹⁷.

Debe uno acostumbrarse a mentir, a adular, a conocer la astrología, a adivinar la buena ventura de los otros, los filtros para los enamorados, a hacer de alcahuete de los adúlteros, de cómplice de los ladrones... ¡Cómo pululan los crímenes secretos y las infidencias, para medrar más y más!...

16. *Agrícola*, 2...

17. 3, 88-40.

Y aquí, sin miedo, voy a decirle al mundo quiénes son los más estimados por los ricachones de Roma. La ciudad se ha plagado de esos griegos decadentes, degenerados, hambrientos, pseudosabios, no de los gloriosos atenienses de otrora...

Ver griega la ciudad es un martirio
que ya no puedo soportar, romanos;
mas tampoco se crea
que la canalla aquea
es la peste mayor. Tiempo ha que el sirio
Orontes fluye al Tíber, y orientales
costumbres trajo a Roma
los usos y el idioma,
la turba de mujeres que obligadas
ofrecen por dinero, degradadas,
a la puerta del circo su belleza.
Corred donde ellas, si os complacen tanto,
bárbaras meretrices y el encanto
de turbante y color en la cabeza.
Con toga de parásito, y llevando
circense premio en el ungido cuello,
ves ya a tu pueblo rústico, oh Quirino;
y en tanto éste dejando
a Samos, a Andros otro, quién a Amione,
quién a Alabanda, a Trales, o Sicione,
llegan al Viminal o al Esquilino,
y adulando halagüeños,
en patricias mansiones se insinúan
hoy confidentes y mañana dueños.
Ingenio pronto, cínica osadía,
en sus labios de frases un torrente
aun más que Isco... ¿quién sospecharía
a lo que alcanza un griego? ¡Es omnisciente,
geómetra, orador, médico, artista,
gramático, funámbulo, bañista,
adivino, pintor, en todo es diestro
y acabado maestro!
Si a ese gréculo hambriento se lo ordenas,
al cielo subirá. No mauritano,
ni sármata, ni tracio fue aquel vano
que intentara volar; ¡era de Atenas! ¹⁸

¡Y pensar que son extranjeros, viles esclavos deportados, los que medran mientras que no significa nada haber respirado desde la infancia los aires del Aventino y probado las frutas de Italia...! Nosotros no sabemos adular, doblar el espinazo ante los ricos, alabar sus defectos como maravillas de arte; por eso nos desprecian y premian a esos

18. 3, 60-80.

payasos que se prestan para todo... En el teatro desempeñan el papel femenino de modo tan perfecto que se dirían hembras legítimas. Nacieron para las tablas... Nada respeta su liviandad: ni a la matrona digna, ni a la doncella casta, ni al esposo joven, ni al niño hasta ahora inocente, ni, a más no poder, a la abuela misma... Y eso que, por decencia, omito muchas cosas...

¿Y las humillaciones de la gente pobre, entre los cuales yo me cuento? Qué ridiculez en los vestidos, en las capas grasientas, en las togas rotas, en las sandalias remendadas con cuero extraño, como cicatrices abiertas. El mayor inconveniente de la pobreza es convertir a los hombres en escarnio:

*Nil habet infelix paupertas durius in se,
quam quod ridiculos homines facit...*¹⁹

—¡Ceda el puesto, majadero!

—No se siente ahí. Ese es de *équites*, tonto. ¿Ud qué renta tiene? ¿Cuánto paga?

—Este es el lugar de los que tienen moneda, aunque sean hijos de un lupanar... Así manda la ley de Otón. La poca fortuna es mala recomendación para sobresalir en los honores de los hombres, más aquí que en otras partes.

Y ¿qué decir de los alojamientos en la capital? Son miserables, caros, sucios, estrechos, están para derrumbarse muchos, llenos de grietas, expuestos a incendios —y bien frecuentes que son—; añádase la comida escasa y costosa; los vasos de barro ¡ya nos parecen un desdoro! ¡Cómo cambian los tiempos! Recordemos a Curio, el vencedor de los Marsos...

Pero advirtamos el contraste entre la vida de los pobres, y los palacios, las grandes edificaciones, los arcos de triunfo, los monumentos nacionales, y en la vía Apia la gran puerta Capena —húmeda siempre por los acueductos que pasan—

ad veteres arcus madidamque Capenam:

o los lugares sagrados de las ninfas, o el bosquecillo ameno, de fuentes y edificios que se ha arrendado a judíos mendigos que no tienen dónde caerse muertos, pero que pagan el alquiler al pueblo romano...

En el campo empero, en cualquier otra parte de Italia, se vive mucho mejor y a menor precio. Allí se improvisan teatros de césped en cualquier recodo, se representan sainetes campesinos en las solemnidades, los personajes de la farsa visten como para asustar a los niños, y así, anda vestido todo el mundo; sin diferencia de ricos o pobres, excepto los magistrados.

19. 3, 152-153.

No como en esta capital donde la gente viste más elegantemente de lo que resiste su fortuna, y se endeuda por mantener las apariencias. Todo en Roma se ha vuelto asquerosamente venal. . .

Y quién puede dormir con semejante ruido de carromatos y gentes y calles y gritos y esclavos y obreros y golpes y mulas y soldados y vendedores y raterillos y gladiadores y negociantes y plebeyos y accidentes y riesgos de día y de noche, y ladrillos, ventanas, cascots, borrachos, tabernas, enfermos, riñas, antorchas, puñales, vinos, ventas, bufones, disgustos, amenazas, ladrones, asesinos, cadenas. . . En la hora de siesta nadie sino los que tienen litera puede aprovechar una "pestañadita" a mediodía. . .

¡Felices, sí, felices los abuelos
de los antiguos! Siglos venturosos
en que Roma, regida
por reyes o tribunos, se encontraba
con una cárcel sola defendida:

*Felices proavorum atavos, felicia dicas
saecula, quae quondam sub regibus atque tribunis
viderunt uno contentam carcere Romam*²⁰

Mucho más tendríamos que decir aún, si quisiéramos. Y omito de propósito la política —que en esto no es sino leer a Tácito—. Podríamos hablar por ejemplo del terror y el miedo que inspiraba Domiciano, del olvido del sentido religioso, de los privilegios de los militares, de los cazadores de testamentos y del fanatismo místico de ciertas sectas extranjeras.

Cuanto a lo primero baste una anécdota divertida, por no decir trágica, del aborrecido emperador. Cierta vez Domiciano tiene que reunir su gabinete de patricios, senadores y lacayos para resolver un tremendo problema. Resulta que un pescador ha sacado del mar un rodaballo grandísimo, un monstruo. Naturalmente lo obsequia al despota. Nadie hubiera osado comprarlo viendo que hasta las orillas del mar están plagadas de delatores. Hubieran declarado que lo robó de las graciosas piscinas del César, y qué sé más. Así, pues, le hace el singular presente:

*Propera stomachum laxare sagina
et tua servatum consume in saecula rhombum!*²¹

Mas se topan con que ninguna de las ollas de palacio es bastante capaz para contenerlo ¿Cómo cocinar semejante pescado? El gabinete acude temblando, sin saber de qué se trata, recelando quizás peligros para su seguridad personal. Y el gabinete está compuesto de hombres aborrecidos por el tirano; en la cara de todos se refleja la palidez de una amistad rastrera,

20. 3, 312-314.

21. 4, 57-68.

*ergo in consilium proceres, quos oderat ille,
in quorum facie miserae magnaue sedebat
pallor amicitiae. . .* ²²

. . . Y el primero asoma
la túnica cogiendo presuroso,
PEGASO, al cual atónita vio Roma
en exactor de impuestos convertido.
—¿Era otra cosa entonces un Prefecto?—
OPIMO fue, sin duda, íntegro y recto,
pero juzgó que en medio a la malicia
de tiempos tan aciagos, complaciente
debía ser la justicia.

CRISPO siguió, buen viejo
en quien vieras al par genio apacible,
claro ingenio, elocuencia irresistible.
Varón hallara de mejor consejo
el que en pueblos y tierra y mar impera,
¿si cuando todos gimen
bajo el yugo opresor, posible fuera
dar un consejo, condenar el crimen?

¿Pero hay cosa más fiera
que el receloso oído de un tirano?
Habladle del nublado en primavera,
de la lluvia o del tórrido verano;

basta y sobra con esto,
para enviaros a la muerte presto.
CRISPO jamás los brazos al torrente
opuso, pues; ni pecho tan valiente
tuvo, ni alma tan firme y atrevida,
que hablar con noble libertad osara
y a la virtud sacrificar la vida.

Así muchos inviernos, así ochenta
solsticios vio; con estas armas pudo
ACILIO, que los mismos años cuenta,
hallar también contra la corte escudo.
Iba a su lado el infeliz mancebo
al cual guardaba la cuchilla dura
de su Señor anticipada muerte.
Fallo en verdad crüel; mas ¿quién segura
tiene la vida ya? Suma rareza
es hacer tiempo y prodigiosa suerte
juntar la senectud y la nobleza. . .

²³

Así continúa el desfile de tales *prohombres* al consejo del déspota.
Junto a los patricios llegan también los de extracción plebeya, como
RUPRIO GALO ²⁴ —manchado con adulterios escandalosos, que es

22. 4, 73-75.

23. 4, 77-97.

24. Cfr. Tac., *Hist.* 2, 51 y 99.

mejor callar— y MONTANO, goloso, obeso, lento por el abdomen, cómplice de las noches de Nerón, sin igual en el arte de renovar el apetito, *inteligente* hasta el punto de saber distinguir si una ostra es de un lago o de otro ²⁵. Y viene CRISPINO, muelle, sudando perfumes desde que amanece; y uno de los numerosos delatores, un tal POMPEYO,

aún más feroz, sicario envilecido,
que abrió a muchos las venas, susurrando
artera delación tenue al oído;

y acude también Cornelio Fusco, futura víctima de los dacios; y junto con el adulador Vevento se presenta el asqueroso ciego Catulo Mesalino ²⁶, monstruo de inmoralidad aun para estos corrompidos tiempos,

grande et conspicuum nostro quoque tempore monstrum!,

que enriquecido con infames delaciones y viles lisonjas, indigno parece hasta de mendigar tras los carros aricios. . .

Pues bien, semejante gabinete empieza a deliberar:

—¡Oh, qué maravilla! ¡Qué animalazo! Esto, Majestad, es un excelente augurio: yo creo que indica que vais a ganar un señaladísimo triunfo.

—Que vais a capturar a un renombrado monarca.

—No, sino que el más fuerte y poderoso caudillo de los britanos va a caer en vuestras manos. . . ¿Sabéis por qué? Pues porque semejante pescado no pudo venir sino de mares muy remotos. Mirad esas escamas. . .

(¡Qué miserable es la adulación! ¡No faltó sino adivinar la patria, edad y familia del rodaballo!, comenta Juvenal).

El emperador sugiere despedazar el "animalito". . .

—Jamás, grita Montano, ministro del monarca. ¡Cómo se os ocurre semejante atrocidad! Propongo una solución media: mandad llamar alfareros que hagan una vasija bien grande, lo suficiente para que el pescado quede cómodo, íntegro, a sus anchas. Una obra de arte. Rápido, amigos, que se prepare la arcilla, el torno, la arena, lo indispensable. . .

Consejo digno de varón tan sabio
prevaleció; de antiguo él conocía
de la gula imperial el desenfreno,
y de Nerón las cenas, que alcanzaban
hasta la media noche desde el día,
do el voraz apetito renovaban
cuando el falerno en el pulmón ardía.
No hubo en su tiempo paladar más fino. . . ²⁷

25. Cfr. Tac., *Ann.* 16, 28, 29, 33; *Hist.* 4, 40.

26. Cfr. Plin., *Epist.* 4, 22: *Luminibus captus, ingenio saevo mala caecitatis abdiderat; non verebatur, non erubescibat, non miserabatur: quo a Domitiano non secus ac tela, quae et ipsa caeca et improvida feruntur, in optimum quemque contorquebatur. . .*, etc.

27. 4, 136-140.

Levantada la sesión, regresa cada cual a casa despavorido. . . .

Hasta aquí el poeta. Pero la tonalidad particular y secretas intenciones de la sátira IV dejan mucho que pensar. Ante todo a los romanos les encanta lo teratológico, lo extraordinario, cuanto pique la curiosidad. Y es la oportunidad que aprovecha Juvenal para trazar la silueta física y moral de los caracteres que le interesan, con un tono joco-épico, en contraste ridículo con la solemnidad del Consejo y la vulgaridad del tema, de la ostentación del tirano y la servidumbre de sus "amigos". El senado, diezmado por el emperador, le había hecho estatuas, arcos de triunfo, sacrificios públicos, honores excepcionales y aplausos mil. . . hasta cuando, asesinado el déspota, rompe y pisotea sus escudos, retratos, bustos, estatua, inscripciones, reputación... en Roma y en el imperio entero. ¡Triste ocaso de una dictadura! ²⁸

Y, a propósito de la agitada vida de los soldados de Roma escribe el bardo latino una sátira, desafortunadamente incompleta, sobre las prerrogativas de los militares de entonces, ventajas en materia legal ²⁹, en el prestigio social y sobre todo en asuntos financieros —buenos sueldos, bonificaciones frecuentes, comida, bebida, alojamiento—, la admiración de todos y de todas ³⁰, sin contar las grandes ventajas —botín, remuneración, promociones, el camino del poder. . . — de los soldados afortunados ³¹. Y aun cuando el tema es por demás interesante, no se conserva el texto íntegro del poeta.

Entre las muchas plagas morales de estos tiempos —de parásitos (Sát. 5^a), miserias intelectuales (Sát. 7^a), inmoralidad (Sát. 11^a) y otras—, existe uno de los vicios más abyectos de entonces, familiar a las costumbres de la época: los cazadores de testamentos (Sát. 12^a). Esos tales aparecen con frecuencia diseñados en la literatura contemporánea con sus torpes manejos, su astucia e hipocresía que pudiera ser cómica de no ser tan inhumana y canalla. Pero la causa es social: la crisis del matrimonio en las clases ricas hace estragos alarmantes. Gracias a las facilidades que comporta la esclavitud gran cantidad de gente vive soltera, sin querer fundar una familia, en una soledad artificial. Y mientras tanto tras ellos se forman enjambres de aduladores, que cortejan sus riquezas, los explotan, les colman de regalos, de manjares exquisitos, de buenos vinos. . . , ¡con la esperanza de sustanciosos legados! Ironía impregnada de malicia pintoresca en el vate romano. . .

* * *

Y baste ya de ambientación. Adentrémonos un poco más: en el mundo de los hombres. Ellas primero, ellos después.

La sexta sátira —sobre las mujeres romanas— es la más extensa y picante de Juvenal. Y es su obra maestra. Lleno de vigor y colorido, de vivacidad, de habilidad sagaz y crudeza brutal a veces, presenta

28. P. de Labriolle, *Les Satires de Juvénal*, pág. 94.

29. 7, 60.

30. 7, 61-250.

31. 7, 251-500.

la idea qué el se ha formado de la mujer de su tiempo —y del matrimonio entonces—. ¡Qué ridículo es casarse!, dice el bardo ³². Un consejo que da el poeta a un amigo: y para probarlo presenta una galería de tipos femeninos ³³. Empieza la descripción inmisericorde: unas son bellas, otras no tanto, estas son jóvenes, superadultas aquellas, pero cada una es afectada por un vicio particular irresistible... Las hay impúdicas, desenfrenadas, como Hipsia la escandalosa y la muy conocida Mesalina ³⁴. No existe una dama casta:

...*Tarpeium limen adora
pronus et auratam Iunoni caede iuvenecam,
si tibi contigerit capitis matrona pudici* ³⁵.

Son, en general, aficionadísimas al circo y a los espectáculos obscenos ³⁶; derrochadoras hasta hacer quebrar a los maridos ³⁷; soberbias y "jailosas", como Cornelia, Niobe y otras por el estilo ³⁸:

*Sit formosa, decens, dives, fecunda, vetustos
porticibus disponat avos, intactior omni
crinibus effusis bellum dirimente Sabina,
(rara avis in terris nigroque simillima cycno):
quis feret uxorem cui constant omnia? malo,
malo venustinam, quam te, Cornelia, mater
Gracchorum, si cum magnis virtutibus adfers
grande supercilium et numeras in dote triumphos...* ³⁹

Las hay afectadas y petulantes, defectos menores quizás pero que molestan a los esposos ⁴⁰. Y ¿qué puede haber más rancio y odioso que ciertas damitas que no se creen bellas si no adoptan costumbres, modales y habla extranjera?

...y nunca mayor mengua
se vio, que el olvidar la propia lengua.

[*cum sit turpe magis nostris nescire Latine*]
*hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
hoc cuncta effundunt animi secreta, quid ultra?*
Concumbunt Graece...

32. 6, 1-285.

33. 6, 379-473.

34. 6, 47-132. cfr. Tac., Ann. 11, 26.

35. 6, 47-49.

36. 6, 67-70.

37. 6, 136-160.

38. 6, 161-183.

39. 6, 161-169.

40. 6, 184-199.

Pase en tiernas doncellas el capricho;
 pero aquel esqueleto
 que ochenta y seis inviernos atrás deja,
 ¿también hablar en griego? No hay decoro
 posible en una vieja,
 si derretida exclama: "¡Yo te adoro!
 ¡alma mía, mi vida!
 (zoë kai psyche, en griego). ¿Cuál no agita
 frase tan dulce el pecho y lo enajena,
 si en boca fresca y juvenil resuena?
 Pero aunque ella, más tierna y amorosa
 que Carpóforo y Euro la repita
 ¿qué ilusión causará su faz rugosa? ⁴¹

Mujeres las hay duras e imperiosas con los esposos y la servidumbre ⁴²:

"¡Crucifica a este esclavo!" — "¿Por qué crimen?
 ¿Lo merece? ¿Hay testigos? ¿Quién delata?
 Espera; nunca es larga la demora,
 siempre que a un hombre de matar se trata".
 — "¡Necio! Un esclavo ¿es un hombre? Nada dijo,
 nada hizo; el matarlo será injusto;
 pero así yo lo quiero, yo lo exijo,
 y por toda razón baste mi gusto" . . .

*"pone crucem servo". "Meruit quo crimine servus
 supplicium? quis testis adest? quis detulit? audi,
 nulla unquam de morte hominis cunctatio longa est".
 "Demens, ita servus homo est? nil fecerit, esto:
 hoe volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas" ⁴³.*

Ciertas mujeres se divorcian nada más que para poder cambiar de
 marido ^{43 bis}; infieles con plena complacencia de las suegras, y sin
 paz posible estando en casa las últimas,

desperanda tibi salva concordia socru ⁴⁴;

amigas de riñas y pleitos ⁴⁵; señoronas de vida libre que no se aver-
 güenzan de aparecer en los gimnasios como gladiadoras, y competir
 con escudo, casco, manoplas, tahalí, armadura de hierro, grebas . . . ⁴⁶.
 Así que el bardo llega a preguntarse:

41. 6, 185-199.

42. 6, 200-223.

43. 6, 219-223.

43 bis. 6, 224-230.

44. 6, 231-241.

45. 6, 242-245.

46. 6, 246-267.

¿qué pudor esperas
en mujer que usa casco, que aborrece
su sexo, y en gimnásticas carreras
y luchas sólo disfrutar parece? . . .

Existe en otras la afición a contradecir a los maridos y pelear día y noche "como tigras" ⁴⁷. ¡Y qué decir de las lágrimas de cocodrilo con que se duelen del adulterio de los esposos —para ocultar los propios—,

si tibi zelotypae retegantur scrinia moecheae ⁴⁸;

la audaz insolencia con que defienden sus infidelidades ellas ⁴⁹; su molicie y lujuria, fuente de los otros vicios ⁵⁰

*unde haec monstra tamen vel quo fonte requiris?
praestabat castas humilis fortuna Latinas
quondam, nec vitiis contingi parva sinebant
tectae labor somnique breves et vellere Tusco
vexatae duraeque manus ac proximis urbi
Hannibal, et stantes Collinae ture mariti.
Nunc patimur longae pacis mala, saevior armis
luxuria incubuit victumque ulciscitur orbem.
Nullum crimen abest facinusque libidinis ex quo
paupertas Romana perit. Hinc fluxit ad istos
et Sybaris colles, hinc et Rhodos et Miletos
atque coronatum et petulans madidumque Tarentum* ⁵¹.

Y qué decir de las borracheras de muchas señoras, causa de tantos abusos y liviandades ⁵²:

El oro obsceno a la ciudad condujo
usos extraños; luego la riqueza
muelle y el torpe lujo
a la antigua virtud despedazaron.
Pues una Venus ebria ¿quién contiene?
No distingue su pie de su cabeza
cuando media la noche, ella consume,
devora ostras enormes, y espumea
el Falerno mezclado con perfume;
cuando la copa apura y ya voltea
casa y mesa en redor, y luces dobles
ve por doquiera . . . ⁵³:

47. 6, 268-270.

48. 6, 271-278.

49. 6, 279-285.

50. 6, 286-300.

51. 6, 286-297.

52. 6, 300-345.

53. 6, 298-305.

el engaño a los vigilantes que les ponen, a quienes precisamente solicitan ellas al pecado ⁵⁴; la ambición del lujo ⁵⁵; el amor hacia los mismos eunucos, de la manera más escandalosa, a fin de no concebir y así evitar los hijos ⁵⁶; la afición al canto y a la danza sensual ⁵⁷:

Si de música gusta, es su privado
uno de aquellos que la voz arriendan
a los pretores. Siempre tiene al lado
la cítara querida; con sus dedos
 cuajados de diamantes
hiere el laúd, y con el crespo arco
hace vibrar las cuerdas resonantes
que el delicado Hidímales tañía . . . ⁵⁸;

añadamos la curiosidad y la credulidad ⁵⁹; si bien esto es más tolerable que andar por la ciudad sin un adarme de vergüenza, metida en reuniones de varones, hablando con militares, llevando el seno erecto, destacado e incitante en presencia del marido:

*Sed cantet potius, quam totam pervolet urbem
audax et coetus possit quam ferre virorum
cumque paludatis ducibus praesente marito
ipsa loqui recta facie strictisque mamillis . . .* ⁶⁰;

la iracundia e instintos crueles ⁶¹; los baños de noche estrepitosos, sin contar los prosaicos efectos del vino después de las comidas ⁶²; la afectación de sabihondas y eruditas ⁶³:

Pero aún más me molesta la doctora
que, no bien a la mesa comparece,
de Virgilio los versos te decora,
y a Dido moribunda compadece.
Y los vates compara; en la balanza
pone a Marón de un lado, de otro a Homero,
y luego el fallo decisivo lanza.
Los gramáticos ceden al discurso;
los retóricos callan . . . ⁶⁴;

54. 6, 346-351.

55. 6, 352-365.

56. 6, 366-378.

57. 6, 379-397.

58. 6, 379-383.

59. 6, 398-412.

60. 6, 398-401. *Siccisque mamillis*, OCT; *Strictisque mamillis*, BCL.

61. 6, 413-418.

62. 6, 418-433.

63. 6, 434-456.

64. 6, 434-438.

la ostentación y fasto en el vestir de las matronas acomodadas ⁶⁵; el capricho de complacer a los perversos más que a los propios esposos con muchos afeites, perfumes, maquillaje y modas atrevidas, exhalando el craso ungüento que inventó Popea... ⁶⁶.

Y no hablemos del desahogo de su sevicia contra los pobres esclavos y esclavas con el pretexto de que no imprimen al cuerpo de sus amas el arte que les negó la naturaleza ⁶⁷:

*...quaenam est hic culpa puellae,
si tibi displicuit nasus tuus? ...*

Del amo en las costillas saltan rotas
las varas; a ésta el látigo enrojece,
a aquélla la correa;
hay dama que un verdugo se costea:
cruje el azote, y entretanto ella
pinta su faz, recibe a sus amigas... ⁶⁸.

Existe demasiada preocupación por las apariencias sin el menor cuidado del hogar ⁶⁹; pero vive angustiada con las supersticiones estultas del Oriente, con adivinaciones, presagios y oráculos ⁷⁰; la falta de probidad hasta llevarla a buscar la anticoncepción o el aborto a base de medicamentos ⁷¹; o como dice textualmente Juvenal, "tan solo las mujeres pobres sufren los dolores y riesgos del parto y dan el pecho a los hijos; porque en los dorados lechos no sucede tal cosa. Tanto han logrado con medicinas y remedios que las han hecho estériles y han podido pagar por la muerte de los hombres en el mismo vientre materno!...

*Tantum artes huius, tantum medicamina possunt,
quae steriles facit, atque homines in ventre necandos
conducit! ...*

O, si dan a luz, son hijos de adulterio ⁷²; cuidan los que no son suyos engañando al crédulo consorte, haciéndolos pasar por legítimos, cuando eran a lo mejor niños expósitos del Velabro (uno de los barrios de Roma)... ⁷³; o se aprovechan de filtros y encantamientos para trastornar el juicio a sus maridos ⁷⁴; sin contar la maldad con que eliminan hijos y esposos con veneno o a cuchillo:

-
65. 6, 457-460.
66. 6, 461-473.
67. 6, 474-495.
68. 6, 479-481.
69. 6, 495-511.
70. 6, 512-591.
71. 6, 592-597.
72. 6, 597-601.
73. 6, 602-609.
74. 6, 133-135; 610-626.

"No me importa, no le importa a nadie matar al que la concubina parió; hoy es lícito esto y mucho más. ¡Hoy se asesina tan fácilmente! ¡Cuidado con los manjares, que pueden estar envenenados por la propia madre! Por eso, que alguien pruebe antes las comidas, o un amigo anciano y prudente saboree los vinos primero...⁷⁵.

Pero me argüirán que estoy calumniando a mis compatriotas... ¿y vosotros

decís que tales crímenes invento?

¿Que el coturno calzando
y el límite y las reglas olvidando
a la sátira dados, con aliento
propio del grande Sófocles, os cuento
cosas que nunca vieron las latinas
comarcas, ni las rútilas colinas?

—¡Ojalá fuese así!...⁷⁶.

Pero ahí está Poncia, por ejemplo, la esposa de Drimión, la cual en tiempos de Nerón envenenó a sus dos hijos con el fin de acaparar la herencia de ellos y de su difunto esposo, y que fuera capaz de envenenar siete si siete tuviera, pero a quien el remordimiento hizo que se cortara las venas... Y si esto ha sucedido ahora, luego no son inverosímiles las feroces leyendas de nuestros antepasados, como en el caso de Medea, de Procne y otras: con la diferencia de que éstas no fueron causadas por el oro sino por una locura ciega de ira. Y pronto no habrá ni un solo barrio donde no abunden las Clitemnestras...

Así termina esta sombría sátira... La conclusión evidente para el lector es que en Roma, en los días de Juvenal, el matrimonio es odioso e imposible, por causa de ellas precisamente, porque la riqueza ha echado a pique a las matronas dignas, a las niñas buenas, porque en una palabra todas las mujeres están irremediablemente perdidas...

Y es un pagano quien escribe tan terribles acusaciones... Pero es natural que ésta no es, no puede ser toda la verdad. Juvenal es injusto con ellas: ha escogido nada más que el lado oscuro. Sólo presenta casos impresionantes de la depravación femenina hasta llevar a los lectores a suponer que éstas son las únicas representantes de su sexo.

Y no es esa toda la verdad, porque sabemos en realidad por Tácito y Plinio de numerosos casos de fidelidad y heroísmo en mujeres de las altas clases sociales. Tácito, *verbi gratia*, escribe al comienzo de sus *Historias*⁷⁷ que *non adeo virtutum sterile saeculum ut non et bona exempla prodiderit. Comitatae profugos liberos matres, secutae maritos in exilia coniuges...*, y en oposición a los ejemplos de Juvenal po-

75. 6, 627-661.

76. 6, 634-638.

77. 1, 3.

dríamos aducir también casos como el de Artoria Flaccilla e Ignacia Maximilla quienes acompañaron al destierro a sus maridos, perdiendo toda la fortuna material y comodidades ⁷⁸; o el de Annia Pollitta ⁷⁹ que muere valerosamente por el odio de un déspota; o el de Servilia, la mujer de Asinio Polión, hija heroica del anciano Sorano, a quienes Nerón concede la gracia de elegir el género de muerte con que deben pasar a la otra vida ⁸⁰; o el de Paulina Pompeya, que se rasga las venas cuando Nerón condena a muerte a su esposo el filósofo Séneca ⁸¹, sólo que el déspota homicida ordena vendarle las venas y así puede prolongar sus días; o el de Arria la mayor, que muestra a su marido el senador Cecina Peto una manera estoica para morir ⁸²: porque aprisionado en Iliria el esposo es transportado a Roma donde el emperador le condena a acabar la vida; y ella saca de su seno un puñal, lo clava en su propio pecho, lo arranca ensangrentado, se lo ofrece a Peto y exclama moribunda: "Peto, no duele . . ."; o el caso de su hija, la joven Arria, esposa de P. Peto Trasea ⁸³, la cual por la independencia de carácter y libertad con que se expresa es sentenciada a la última pena por orden imperial (66 p. C.); el caso todavía de Fania, esposa de Helvidio Prisco, o el de Calpurnia, la joven mujer de Plinio, con quien pasa una feliz vida matrimonial, y cuya inteligencia, discreción y fina sensibilidad tanto pondera él mismo ⁸⁴; o el de Sextia, la de Emilio Escauro, o el de Pasea de Pomponio Labeo ⁸⁵. La esposa de Macrino —escribe Plinio el joven ⁸⁶— hubiera sido digna "de ser puesta como ejemplo aun en tiempo de nuestros abuelos. Treinta y nueve años han vivido juntos sin quebranto de la paz, sin un enojo, en una unión sin nubes y de recíproco respeto" . . .

Y lo mismo entre las clases pobres. Numerosas inscripciones de Roma y de las provincias lo certifican: a veces muy patéticas, que revelan una vida doméstica llena de afecto; que hablan de madres de familia ejemplares, esposas sufridas, calladas y buenas, como en todos los estadios de la vida humana. Argumentos bastantes para desaprobar las acusaciones generales de Juvenal contra las mujeres como clase. También en ellas, tipo auténtico de mujer de la época imperial, criaturas libres y heroicas, aparecen ejemplos dignos de imitación, encarnaciones sublimes de la grandeza terrena . . . Y junto con estas cumbres morales de la humanidad, ¡cuántas esposas nobles y puras, honor de las mujeres del Lacio! Ellas desafortunadamente no cuentan para el bardo latino . . .

—Eso no importa —replica—. Si eso existió debió ser en la legendaria *Edad de Oro*:

78. Tac., *Ann.* 15, 71.

79. *Ib.*, 16, 10.

80. *Ibid.* 30, 33.

81. *Ibid.* 15, 63-64.

82. Plin., *Epist.* 3, 16.

83. Tac., *Ann.* 16, 34.

84. *Epist.* 4, 19.

85. Tac., *Ann.* 6, 29; 15, 62.

86. *Epist.* 8, 5.

No dudo que en los días
 de Saturno el Pudor moró en la tierra,
 y largos años más, mientras las frías
 cuevas mísero albergue, hogar y lares
 daban al hombre, y sombra el mismo techo
 a ganados y dueños ofrecía;
 la rústica mujer, silvestre lecho
 con bálago y ramaje componía,
 y su cuerpo cubría
 con pieles de las fieras, en vecinos
 bosques heridas. Ciertó
 no parecida a ti, Cintia, ni ¡oh Lesbía!
 a ti, cuyos ojuelos cristalinos
 cubrió de llanto pajarillo muerto ⁸⁷.
 Robustos hijos, con raudal copioso
 de sus nutricios pechos sustentaba,
 y más salvaje y brava
 era su faz, que la del mismo esposo,
 que el hambre con bellotas aplacaba.

¡Cuán de otro modo entonces, cuando el mundo
 en la infancia yacía
 y era reciente el cielo, se vivía!... ⁸⁸.

Con esta sensación fatal de derrota, de exageración, de pesimismo,
 de colapso de la vida familiar y moral que, más adelante los Padres
 de la Iglesia habrán de atacar y por fortuna superar cristianamente,
 podemos pensar todavía que nada de lo que el bardo describe es
 imposible: ¡peores ejemplos se han visto en los tiempos modernos!...

* * *

Un vistazo ahora a los jóvenes del siglo I. Son dos Sátiras más: la
 segunda y la novena. Que serán a la vez un latigazo brutal a la cara
 de quienes con apariencias hipócritas se entregan a los vicios más
 odiosos y repugnantes ⁸⁹,

qui Curios simulant et Bacchanalia vivunt... ⁹⁰

¿Quién no clama al cielo
 y a la tierra y al mar, si recrimina
 Verres cual delincuente a un ladronzuelo,
 Milón a un homicida, si fulmina
 Clodio contra el adúltero la pena,
 o bien, contra Cetego, Catilina?... ⁹¹.

87. Alude a Cintia, la amada de Propertio, y a Lesbía la de Catulo, cuya delicada composición a la muerte de un pajarillo amado tiernamente por esta se conserva.

88. 6, 1, 12.

89. 2, 1-28.

90. 2, 3.

91. 2, 25-27.

¿Por qué admirarse? Si los mismos Censores de la vida pública andan manchados de adulterios, imitados por senadores y patricios, de toda clase de acciones asquerosas, y aun andan con modales femeninos y en labores propias de hembras? ⁹².

... ¡Tenga Roma pudor! ¡Cayó del cielo
otro nuevo Catón! ¡Pero, ¿qué tienda
te da el perfume para barba y pelo?
(Y) vosotros hiláis, el cesto lleno
mostrando, y ya acabada la tarea.
El huso, a mano varonil ajeno,
en vuestros dedos rápido voltea,
creciendo con la estambre delicada...

... Si con toga sutil de seda y oro
te ve, Crético, el pueblo cada día
juzgar a meretrices en el foro,
otros ¿qué harán?...

¡Ah, que ese ejemplo ha contagiado a todo el mundo!⁹³. Y lo peor de todo es que lentamente se va llegando a las más viles corrupciones:

nemo repente fit turpissimus.

¿No vemos acaso grupos de mozos que, vistiendo como hembras, acicalándose como hembras, pintándose la cara como ellas, imitan a las hembras hasta en el ademán de mover el rostro, en el tono de la voz, y en la manera de caminar? ⁹⁴.

A éste verás sus cejas dilatando
con curva aguja en el hollín teñida,
y los trémulos ojos retocando.
Otro con áurea red lleva ceñida
la cabellera, cual mujer liviana,
y en torno de la frente recogida.
Azul seda o finísima galvana
dan a su muelle cuerpo vestidura,
y entretanto, por Juno soberana,
su esclavo, aún más afeminado, jura.

*Ille supercilium madida fuligine tinctum
obliqua producit acu pingitque trementes
attollens oculos; vitreo bibit ille priapo,
reticulumque comis auratum ingentibus implet
caerulea indutus scutulata aut galbina rasa,
et per lunonem domini iurante ministro* ⁹⁵.

92. 2, 29-78.

93. 2, 78-81.

94. 2, 82-114.

95. 6, 93-98.

Pero, es que también hay varones dudosos —sobre todo muchachos de la sociedad— ¡que se casan unos con otros como un par de novios! No les falta —añade con sorna cruel el poeta—, ¡no les falta sino dar a luz...! ⁹⁶.

Suena la voz con femenil blandura;
infame viejo de cabello cano,
cuyo vientre voraz nada satura,
preside lleno de furor insano.
Digno maestro para tal escuela
que, para escarnio del honor romano,
con las vilezas frigias se nivela...

.....
Aquel que el peso resistió, sudando,
del sacro escudo que bajó del cielo,
hoy mujeriles ropas ostentando
toma aplia veste y el rojizo velo.
¿De dónde, oh Marte, protector de Roma,
tanta maldad en el latino suelo?
¿Cómo invadió a tus hijos la carcoma
de los vicios? Varón claro en linaje
infame esposa, sin vergüenza toma
¿y no rompes tu yelmo con coraje?
¿Y no hieres la tierra con tu lanza,
ni a Júpiter te quejas de este ultraje?
¡Vete, pues! Deja el campo donde avanza
ya la vil corrupción, antes austero,
pues que a labrarlo tu poder no alcanza ⁹⁷.

- Mañana tengo que llegar presto al valle de Quirino.
—¿Qué sucede?
—¿Te sorprende? Un amigo, haciendo de "esposa", se casa con otro hombre.
—¿Habrá muchos testigos?
—No, muy pocos, para que no se divulgue mucho.
—Lo hacen a ocultas, y todo el mundo lo sabe...
—Pero, ¿conoces el problema?
—¿Cuál?
—Pues, caramba, el tormento de la "esposa": que no podrá contratar parteras, a fin de que los hijos sirvan para atraer el errático "marido":

*Interea tormentum ingens nubentibus haeret,
quod nequeunt parere, et partu retinere maritos...* ⁹⁸.

96. 2, 115-142.

97. 2, 110-132.

98. 2, 137-138.

Todo esto, claro está, es escandalosamente torpe aun para los paganos de hace veinte siglos. Con todo, los valores morales de esta época se sienten más heridos en el honor cuando ven a jóvenes de alta alcurnia de los que sobresalen por títulos linajudos, presentarse en el circo a cara descubierta, como gladiadores y reciarios a divertir al público. ¡Oh tiempos estos!...⁹⁹. ¿Qué dirían los Curios, los Fabricios, los Escipiones, los Catones, tantos patriarcas de antaño, varones íntegros, si vivieran? Ah, si fueran verdad las fábulas de los poetas sobre la otra vida —añade el bardo—, aquello de los reinos subterráneos, de la Estigia, del largo río de lentas aguas, de Caronte... —cuentos que hoy ni los niños creen—, si eso fuera verdad, ¡cómo se horrorizarían sus almas en el Orco ante tan infame espectáculo!...¹⁰⁰. Y ¿de qué nos pueden servir nuestras conquistas, de qué poner límites al orbe entero más allá de Irlanda, de las Orcades, de los britanos, si nosotros mismos superamos en los más sucios crímenes a los mismos pueblos bárbaros que hemos sometido con las armas? ¡Qué ejemplo el que estamos dando a los extranjeros que nos visitan para que aprendan nuestras costumbres depravadas y las lleven a su patria!¹⁰¹. De Zalates, el armenio, *verbi gratia*,

*cunctis narratur ephebis
mollior ardenti sese indulsisse tribuno...*

Ved cuál le contagió el libertinaje.
Vino en rehenes, joven inocente,
de aquí saldrá hecho hombre. Vasallaje
paga al vicio cualquier adolescente
que mora en Roma. Seducciones miles
le cercarán doquiera. Lentamente
freno, látigo, espada, varoniles
ropas él depondrá, y a la lejana
Artaxia llevará las huellas viles
de la afrentosa corrupción romana ¹⁰².

Se nos podrá objetar que Roma tiene otros aspectos —sociales, intelectuales, económicos, artísticos, políticos— en qué fijarse. De ellos nada hemos dicho: porque estamos exponiendo a Juvenal, lo que él ve de Roma solamente. Y si el poeta no ve más, qué le vamos a hacer. Es lástima: pero nos ceñimos al tema: *La vida en Roma (s. I p. C.) vista por Juvenal*. Y para que no se crea que nos complacemos en ello, ni siquiera mencionaremos la sátira novena, "uno de los poemas más chocantes que se hayan escrito jamás" ¹⁰³. De veras, a qué cargar

99. 2, 143-148.

100. 2, 149-158.

101. 2, 159-170.

102. 2, 166-170.

103. G. Highet, *Juvenal the Satirist*, pág. 117.

más de negras manchas el cuadro de la vida en Roma (¡tan semejante a veces a la de las grandes metrópolis de hoy!)...

* * *

Mas el poeta latino no se ha agotado. Tiene todavía algo más que decirnos: va a hablarnos de la educación. ¿Qué pide el moralista pagano a la juventud, a los intelectuales, a los pedagogos?

Responde con la Sátira catorce. Primero los padres de familia ¹⁰⁴, luego los muchachos ¹⁰⁵. A los padres los increpa acerbo: los ejemplos domésticos y las enseñanzas de éstos son lo que forman a los hijos; el niño imita, sin darse cuenta, a los mayores; la naturaleza de éste se pervierte si los ejemplos que contempla son perversos. De manera que después serán inútiles todos los esfuerzos por impedir su influjo funesto. Más tarde se dejará sentir en la sociedad entera. Si de niño ve que su padre no deja de la mano los juegos de azar, él también los manejará como diversión infantil. Tal afición le seguirá acompañando siempre. Y así cederá con la molicie y la mucha gula, de modo que un infante, ya antes de los siete años, cuando ni le han nacido aún todos los dientes, será el mejor catador de cocinas, conocerá de manjares exquisitos y de salsas y condimentos,

*didicit nebulone parente
et cana monstrante gula* ¹⁰⁶,

y no sabrá sino comer, devorar, tragar, engullir en el estómago, feliz de organizar magníficos banquetes y presidirlos con más autoridad que pudieran hacerlo mil maestros en el arte...

*si damnosa senem iuvat alea, ludit et heres
bullatus...* ¹⁰⁷.

Y, desde el punto de vista humano, ¿qué no hará más tarde, si ve que el amo maltrata desalmado a los esclavos? ¿Podrá acaso mostrarle al hijo que

*animas servorum et corpore nostra
materia constare putat paribusque elementis?* ¹⁰⁸,

es decir, podrá enseñarle que "el esclavo está hecho de la misma materia que los demás hombres y que su alma es de idéntica esencia a la nuestra", él que se goza

104. 14, 1-135.

105. 14, 136 s.

106. 14, 9-10.

107. 14, 4-5.

108. 14, 16-17.

duro y cruel, con escuchar el ruido
 áspero del azote . . . ?
 (Él, que parece estar) contento solo
 cuando el esclavo que robó un pañuelo
 la faz con hierro enrojecido marca
 por mano del verdugo? ¿Qué consejo
 dará al joven, si toda su delicia
 está en el estridor de las cadenas,
 en la cerrada ergástula y la cárcel
 do tras lenta labor duermen los siervos? ¹⁰⁹.

¿Qué habrá, pues, que esperar del hijo de este miserable? ¿Y qué
 podrá aprender de su madre la hija de Larea? De memoria podría
 ella repetir los nombres de los amantes de ésta, si no fueran tantos . . .
 Pero, ¿es que Larea piensa de veras en que su hija no resulte como
 ella, corrompida, liviana, adúltera? ¡Si desde niña ha sido la confi-
 dente y alcahueta de tal señora! . . . *Conscia matre / virgo fuit* . . .
 Los malos ejemplo, por desgracia, son los más fáciles de imitar:

*velocius et citius nos
 corrumpunt vitiorum exempla domestica, magnis
 quam subeunt animos auctoribus* . . . ¹¹⁰.

Huye, pues, la maldad, siquiera sea
 porque en ella tus hijos no te imiten.
 Dóciles somos en seguir lo malo,
 en copiar lo que es torpe. Catilinas
 en todos los países, bajo todos
 los climas hallarás, mas no así Brutos,
 ni Catones tampoco.

Nada feo
 en dicho u obra los dinteles pase
 do reside la infancia. ¡Lejos, lejos,
 disolutas mujeres, y los cantos
 nocturnos de parásitos lascivos!

¡Grande respeto se le debe a un niño!
 ¿Estás a punto de pecar? ¡Detente,
 que te mira tu hijo! Su inocencia
 sirva de freno a tu designio torpe ¹¹¹.

Más de un lector prevenido podrá pensar que estos cuatro versos
 finales son una traducción mojigata, acomodada a las viejas estruc-
 turas de la moral cristiana. Pero es un pagano el que lo dice franca-
 mente: si vas a pecar —*peccaturo*— al menos que la presencia de tu
 hijo frene tus torpezas, respeta la inocencia con toda el alma:

109. 14, 15-25.

110. 14, 31-33.

111. 14, 39-49.

*maxima debetur puero reverentia: si quid
turpe paras, nec tu pueri contemseris annos,
sed peccatum obstat tibi filius infans* ¹¹².

El bardo latino es un hombre severo. Tiene sin embargo, entre los pocos rasgos delicados de su carácter, un amor reverente por los niños. Y esto ocurre con frecuencia en él: habla, pongamos por caso, de los payasos (histriones) que con sus máscaras exageradas asustan a los niños ¹¹³; exhorta a los pupilos, herederos de una pingüe fortuna, a no fiarse de los manjares que pueden estar envenenados, que les preparan ciertas madres ambiciosas ¹¹⁴; y no estoy inventando, escribe, ¡ojalá fuera esto un fábulas! *Nos utinam vani!* O recuerda al humilde zagalejo que suspira por su madrecita que hace tiempo no ha vuelto a ver ¹¹⁵; o se duele con el huérfano explotado por un tutor pérfido, por el mozo bañado en lágrimas irreconocible por la larga cabellera que usa a la manera de las niñas,

ora puellares faciunt incerta capilli ¹¹⁶;

o resignado enseña el bardo que por fuerza del destino tenemos que llorar muchas veces la muerte inmadura de una doncellita núbil o la sepultura de un infante ¹¹⁷:

*naturae imperio gemimus, cum funus adultae
virginis occurrit vel terra clauditur infans
et minor igne rogi* . . . ¹¹⁸

Juvenal no puede imaginar siquiera que un ser humano sea cruel con un niño. Por eso la Sátira catorce, sobre la responsabilidad de los padres cuyo mal ejemplo echa a perder la niñez, o sobre los métodos "modernos" de educarlos —materialismo puro— con que se les orienta de por vida. Los padres y madres de familia, claro está —añade el poeta— los exhortan al bien: "Haz lo que te digo, mas no procedas como hago yo". Y si el muchacho cometiere alguna falta, al estilo de sus progenitores, o las culpas son de más baja ralea, yo sé que lo vas a reprochar colérico y a castigar con palabras duras y aun con amenazas de desheredarlo. Pero, podrás tú

con qué derecho
ni autoridad reconvenirle, cuando
peor eres que él, siendo ya viejo,
y tu vana cabeza necesita
ha tiempo de ventosas? . . . ¹¹⁹.

112. 14, 47-49.
113. 3, 175-176.
114. 6, 629-642.
115. 11, 152-155.
116. 15, 137.
117. 15, 134-140.
118. 15, 138-140.
119. 14, 50-58.

El bardo parece urgir más la responsabilidad paterna: Cuando se invita a un grupo de amigos a cenar se barre la casa, se la limpia, se pule el pavimento, las columnas, se brillan los vasos de oro y plata, se sacan manteles de fiesta, la voz del amo dirige las operaciones de limpieza, hasta dejar todo "como una tacita de plata". Mas procurar que tu hogar esté como un espejo, limpio de vicios para que así lo contemple tu hijo, eso nunca lo haces. . . ¹²⁰.

*illud non agitas, ut sanctam filius omni
adspiciat sine labe domum vitioque carentem* ¹²¹.

Es, por otra parte, benemérito de la patria quien engendre hijos con tal de que se esfuerce porque sean útiles a ella, a la agricultura, a la guerra y a la paz. La clave naturalmente está en los principios morales y costumbres buenas en que se forman y en los mismos padres de familia —eterno *ritornello* de Juvenal—. Igual que sucede con los animales: la cigüeña alimenta a sus hijos con serpientes y lagartos del campo; el buitre con carroña de ajusticiados y perros; lo propio hace el águila: pues bien, los polluelos seguirán lo mismo que sus padres. . . ¹²². Los judíos ¿no siguen las costumbres paternas, no observan el sábado, no adoran la Divinidad del cielo y de las nubes, no se abstienen de la carne de cerdo, no se circuncidan, no desprecian las leyes romanas, no se rigen por el derecho judaico que les legó Moisés en libros conservados por ellos en secreto,

tradidit arcano quodcumque volumine Moyses,

no son fanáticos en sus ritos? . . . ¹²³.

Y así continúa comentando la misma idea. Lo único —dice— que siguen de mala gana los hijos es la pasión de la avaricia, eso de cuidar, administrar y proteger la fortuna material con más seguridad que el dragón de las Hespérides o el Vellochino de Oro del Ponto. Sin embargo, los consejos del avaro progenitor hacen mella en ellos y, con pretexto de parsimonia, vuelven avaros a los hijos, creciendo en éstos la pasión por acaparar, sometiéndose a diez mil privaciones propias, en las que entran los suyos todos y hasta los esclavos. ¿Podrá haber mayor locura, vivir como un pordiosero para morir rico? ¹²⁴

*cum sit manifesta phrenesis,
ut locuples moriaris, egentis vivere fato?* ¹²⁵

Y sigue con el tema de la avaricia, con los crímenes que ocasiona, los sacrificios de la salud, el bienestar, la reputación, los abusos con los trabajadores, el pisoteo de las leyes, la codicia creciente, la dureza del

120. 14, 59-69.

121. 14, 68-69.

122. 14, 86-95.

123. 14, 96-106.

124. 14, 107-137.

125. 14, 136-137.

corazón para con los menesterosos, la flojedad, la acidia, la molicie, la mala conciencia: "No importa de dónde proceda el dinero; la cuestión es tenerlo..."

"unde habeas, quaerit nemo; sed oportet habere" ¹²⁶.

He ahí las enseñanzas que se dan hoy. Nada de esfuerzo para los jóvenes, nada de estudio, ningún ejercicio intelectual o físico o guerrero. Tal doctrina es la que aprenden los niños apenas dejan la nodriza y la graban en la memoria antes de conocer el abecedario... ¡Qué porvenir espera a la Patria con semejante educación! Y no valen las disculpas. No vengas con que eso no lo has dicho: puede que sea verdad en las palabras, mas el ejemplo?... "Tú hiciste con la primera chispa el fuego que, extendido, verás que te abrasa a ti mismo, que lo devasta todo. Criaste una fiera que, acosándote entre horribles rugidos, acabará destrozando a su aterrado domador..." ¹²⁷.

En otra sátira (7ª) insiste en que a los padres corresponde vigilar la educación de sus hijos, y enterarse de si el preceptor sabe de verdad la gramática que enseña, las reglas del idioma o la historia, y si conoce como los dedos de su mano los autores y obras que tiene que explicar. La formación de la inteligencia del discípulo corresponde al preceptor, que le modela en cera blanda, y corrige las malas costumbres del mancebo.

* * *

Pues bien, reflexionemos ahora nosotros. Las Sátiras de Juvenal son un complemento admirable de las *Historias* de Tácito: son la crónica privada de una época cuya narración pública la escribió el umbrío. Le hemos oído fustigar los vicios, quizás hasta nos haya impresionado su manera por el lenguaje expresivo y coloreado, preciso y popular. El autor habla en nombre de la moral espantado, con una especie de misión profética, en una obra necesaria, que "por lo mismo que es necesaria puede servir a la educación eterna de la humanidad".

Y así parece. Con todo, un severo crítico francés, M. D. Nisard, replica que no hay tal, que "Juvenal es un político sin convicciones y sólo ve en las grandes figuras del pasado asuntos apropiados para una hermosa descripción o un ejercicio retórico; sin entusiasmo por el presente, sin fe en el porvenir; es un efectista que, a la manera de Tácito, necesita acontecimientos sombríos para dar realce a sus cuadros, y de quien puede sospecharse, sin injuriar su probidad, que ha visto más cosas con la imaginación que con los ojos" ¹²⁸. Y agrega,

126. 14, 207.

127. 14, 155-247.

128. Cit. por F. Díaz Carmona, *Sátiras de Juvenal y Persio*, Madrid 1913, introd. pág. IX.

más apasionado aún que el propio Juvenal, que en este bardo todo es exageración, violentas invectivas, declamación, falsa cólera, indignación aparente, indiferencia y escepticismo en el fondo. Es decir, como comenta F. Díaz Carmona ¹²⁹, que "la sombría pintura de los vicios romanos no es más que un libelo infamatorio, los gritos que le arranca la indignación en vista de los crímenes monstruosos de la corte de los césares son un ejercicio retórico, las máximas de virtud, frías reminiscencias de escuela; todo, en suma, es ficticio, convencional, artificioso, y no la protesta de un alma honrada contra la abyección presente . . ."

Para probarlo el crítico francés se basa en el estado social de entonces —adulterios, incestos, parricidios, envenenamientos y hasta pasiones infames contra las cuales protesta horrorizada la naturaleza; de delatores triunfantes enriquecidos con la fortuna de las víctimas; de patricios envilecidos y degenerados; y en torno de los césares! . . ., una plebe que sólo sueña con pan y diversiones; Mesalinas y Agripinas, lo mismo en el tálamo imperial que en la morada espléndida de los patricios o en el hogar modesto de cualquier ciudadano . . .; en un estado, en fin, que no tiene sentido de moralidad, de libertad, en plena decadencia, plagado de escepticismo, indiferente y vano.

Sin embargo, semejantes ataques violentos son apenas fruto de las disputas sociales, morales y políticas del siglo XIX. Dan por sentado que el poeta tiene una mente sucia y pervertida, que no le deja ver la verdad: que es un charlatán incapaz de expresarla. En todo caso, que no es sincero, que exagera todo, que no tiene convicciones reales, que busca meramente lo dramático, lo arbitrario, y que está por ende equivocado.

Mas nosotros ¿podríamos negar sinceridad al vate de Aquino? El espantoso espectáculo de una sociedad como esta ¿puede acaso no arrancar acentos varoniles y robustos a un alma honrada, para exponerla a la pública vergüenza y execración de la posteridad? Precisamente republicanos apasionados del siglo XIX, como Víctor Hugo en Francia, que era rencoroso contra toda ortodoxia, nunca se cansan de alabar con entusiasmo a este poeta latino, falsificando quizás al verdadero vate. No hay sin embargo un solo hecho o una descripción de Juvenal que puede demostrarse como falso. Todos, aun los más chocantes son débiles pinturas comparados con otros autores paganos de comienzos del imperio: paganos, decimos, como los historiadores Suetonio, Tácito, el epigramático Marcial, el escritor Plinio, el novelista Petronio, el satírico Luciano, el filósofo Séneca, y muchos otros ¹³⁰. Juvenal aspira a mejorar a los hombres con el espectáculo horrendo de la corrupción romana y con los ejemplos de las antiguas virtudes nacionales. Su musa es la indignación: *Facit indignatio versum* . . .

129. Ibid. pág. XII.

130. Cfr. 4. Friedländer, *Roman Life* . . .; Cfr. Samuel Dill, *Roman Society From Nero to Marcus Aurelius*, London, Macmillan and Co., 1905.

Pero ¿dice la verdad? Habla indignado ciertamente; y si no dice toda la verdad por lo menos no dice nada más que ella. Algunos críticos han llegado a la convicción de que debemos creer cuanto él escribe porque nos da una pintura exacta de la vida ordinaria en el imperio romano al finalizar el s. I de nuestra era. Otros en cambio, como hemos visto, han llegado a la conclusión de que el bardo latino es un calumniador rencoroso y resentido, una especie de periodista barato que no se preocupa de los hechos sino del aspecto escandaloso y trágico. Pero, los más viles y sombríos incidentes que él refiere con sobriedad ¿no han sido acaso superados por hazañas más horrorosas y tristes en nuestro tiempo, en los campos de concentración y en las checas modernas? Nada hay tan bajo que no sea creíble...

* * *

De la historia personal de Juvenal sólo podemos confesar que él la oculta cuidadosamente. No aparece para nada. Por las Sátiras mismas se colige que su carácter es el de un viejo plebeyo de los tiempos de la república, influenciado vivamente por las ideas de esa moralidad nueva que ha estado en boca en las dos o tres últimas generaciones. No siente simpatía ninguna por el gran movimiento filosófico que ha ido preparando una revolución silenciosa. No muy solvente quizás, desde el punto de vista económico, la riqueza que posee es su solo genio y su aferrada idea tradicional de que el hombre tiene tanto un cuerpo como un alma. Un personaje así, que conoce los secretos más vergonzosos de la sociedad romana, casi necesariamente se vuelve un amargado.

El poeta disimula cauteloso los ataques a su época. Los mandobles de sus Sátiras van contra los pecadores cuyas cenizas hace tiempo reposan cabe cualquiera de las célebres Vías de Roma. El escenario es con frecuencia el reino de Tiberio, el de Claudio, el de Nerón. No es, por otra parte, un filósofo: posee más bien la heredada repugnancia romana por todas las teorías de las escuelas¹³¹. En una edad egoísta, de pasiones individualistas, Juvenal predica la ayuda mutua, la simpatía universal, incluso por los infelices esclavos maltratados, habla de los horrores de una conciencia culpable, de las raíces del pecado en los pensamientos perversos:

*nam scelus intra se tacitum qui cogitat ullum
facti crimen habet. ...*¹³²

Juvenal es profundamente pesimista sobre sus contemporáneos, mucho más que Tácito. Para el vate latino —quizás exagerando— su época ha llegado al clímax de la corrupción. Todos los colores son oscuros. La posteridad nunca llegará a una depravación tan com-

131. Cfr. Iuv., *Sat.* 13, 120; 2, 1 s.; Cfr. Mart. 9, 48.

132. 13, 208-209.

pleta como la actual... ¹³³. El lujo de las naciones conquistadas de Oriente relajó la fibra romana, introdujo una falsa manera de vivir, degradó los hogares, llenó de astrólogos y gramáticos y filósofos y parásitos las calles y plazas de la urbe. El ideal es aquel pasado mítico cuando un Curio, tres veces cónsul, regresaba de los montes al hogar, con los bártulos al hombro, a cenar modestos manjares de hierbas cocidas en casa y servidas en vajillas de barro... ¹³⁴

Según Tácito ¹³⁵ este es un período de fortunas enormes gastadas con enorme derroche. La paz trae prosperidad, y ésta el lujo exagerado. Palacios, mármoles, estatuas, columnatas, mobiliario, marfiles, perfumes, joyas, esclavos, lagos y forestas artificiales, bahías, termas, haciendas, latifundios y toda clase de extravagancias...

Con todo, hay otro punto de vista positivo: pese a las exageraciones de la corte imperial y de los favoritos, estos emperadores son con frecuencia buenos administradores, y aun cuando muchos han sido tiranos han sabido también escoger buenos y eficientes consejeros y gobernadores. Los mismos filósofos de altos ideales y moralidad pura no dejan de influir en la sociedad, aun permaneciendo en el trasfondo por la sospecha de los déspotas de que pueden constituir una oposición política. En las capas bajas, por su parte, el Cristianismo ya está trabajando. De eso nada sabe Juvenal, Tácito muy poco, y Plinio hasta cuando oye de ellos en Bitinia. Y allí está fermentando la masa... Así muchas otras cosas que pasan inadvertidas al poeta latino.

En todo caso hay que reconocer que la indignación moral del bardo de Aquino merece respeto, en especial porque se expresa con una libertad sin miedo a las consecuencias. No es una indignación convencional, literaria, sin riesgos, como quieren muchos comentaristas. Es sincera. Puede tener puntos de vista limitados, unilaterales, estrechos: concedido. Pero cuanto dice es sustancialmente verdadero. Toda esa mezcla de cólera violenta, expresada en lenguaje vigoroso a través de una ironía trágica, es la que ha creado *la sátira más grande del mundo antiguo y del moderno*.

Ahora, que el lector opine. Tiene la palabra.

Septiembre, 1972.

133. 1, 87, 147; 10, 172. Cfr. Sen., N. Q. 7, 31; De Ira, 2, 8 s.

134. 11, 78.

135. Ann. 3, 55; Sen., Ad Helv. 10, 3; Ep. 89, 22.

BIBLIOGRAFIA

- A. *Persi Flacci et D. Iuni Iuvenalis Satirae*, Ed. W. V. Clausen, Script. Class. Bibl. Oxoniensis, Oxonii e Typ. Clar., (OCT, 1968).
- D. I *Iuvenalis XVI Satirae*, BCL, Parisiis, MDCCCXXIII.
- Gilbert Highet, *Juvenal the Satirist*, A Study, Oxford, OUP (1962).
- Giovenale, *Le Satire* (Prefazione e) Vers. de Giovanni Lattanzi, Collezione Romana, Garzanti (Ed.) (1946).
- J. D. Duff, *Fourteen Satires of Juvenal*, Cambridge (CUP), 1925.
- E. G. Hardy, *The Satires of Juvenal*, London, Macmillan 1932.
- Pierre de Labriolle, *Les Satires de Juvénal*, Étude et analyse, Paris, Mellottée, Ed.
- Samuel Dill, *Roman Society from Nero to Marcus Aurelius*, London, Macmillan and Co., 1905.
- L. Friedländer, *Roman Life and Manners under the Early Empire*, Engl. Transl. of the G. Ed., 4 vols. 1908-1913.
- Sátiras de Juvenal y Persio*, Trad. en v. cast. por Fco. Díaz Carmona y D. José M. Vigil, Madrid, 1913.
- C. *Plinii Caecilii Secundi Epist.*, R.A.B. Mynors, O.C.T. (1963).
- C. *Taciti Historiarum libri*, Script. Class. Bibl. Ox., OCT, (1947).
- C. *Taciti Annalium . . . libri*, C. D. Fisher, O.C.T., (1951).